

con tal sujeción al fin que llena, que, arrancado de allí, es como hoja suelta desglosada de un libro: pierde, no sólo su valor, sino el sentido que expresaba en correlación con las restantes.

Nuestra expedición pudo apreciar muy bien— aunque con tiempo tasado y medido en demasía— la riqueza toledana, gracias á la recomendación de mi antiguo Prelado y amigo el Cardenal Payá, cuya actividad incansable no desmiente el gran Seminario que está construyendo, ni las estanterías que costeó con objeto de resguardar el tesoro. Gracias á la atención del Cardenal, las dignidades del Cabildo se molestaron en enseñarnos detalladamente algo de lo que no siempre ven los *turistas*, sobre todo si coincide su viaje con días de fiesta solemne. La cámara destinada á guardar las ropas, que, según afirma el custodio, está enteramente libre de ratones, carcomas y otros bichos enemigos de la conservación de las telas, es una enorme y elevada sala, donde se pierde la cuenta de las ricas pre-

seas almacenadas en profundos estantes.

De buena gana dedicaría á las ropas un largo artículo: y es que toda la afición de la mujer á las estofas de lujo, á las delicadezas del bordado y á las delicias del color, se me despierta y redobla ante el primor de las vestiduras eclesiásticas, que cuando son como las de Toledo, entrañan algo simbólico; parecen la túnica luminosa de los elegidos, al penetrar en las mansiones del cielo. Hay frontales donde una flora fantástica y un arbolado de terciopelo de tonos mates y moribundos, forman un jardín de poema, uno de esos jardines en que los caballeros andantes encontraban magas hermosas que los conducían por frondas embalsamadas. En el centro del jardín surte una fuente de aguas de zafiro, y cae de pilón á pilón el agua, abrevándose en el último pilón un ciervo blanco. Todo es sedas pálidas, oros desmayados y enverdecidos por el tiempo, terciopelos carmesíes ya suavizados y maduros, plenitud armoniosa del color, milagros de dibujo en que la aguja eclipsó

al pincel. Y sale un frontal, y otro más rico, y otro, y estandartes, y capas, y mangas, y casullas, de invierno, de verano, de tisú, de raso, de terciopelo, con escudos, yugos, granadas, flores, martirios de santos, emblemas eucarísticos... Hay para pasarse la vida allí.

Cuando salíamos de la fonda, se nos presentó un chicuelo, portador de una caja donde, en pintoresco desorden, se hacinaban tijeras, puñales, cortaplumas, plegaderas, espadones del moño, alfileres, broches y leontinas, todo de acero y hierro esmaltado, nielado, incrustado ó repujado. Naturalmente, regateamos, alegando el muchacho, en defensa de sus precios, que en otras partes se cobraba el género más caro aún, y que apenas nos cerciorásemos de ello, iríamos á su tienda á comprar. «¿Dónde vendes tú?», le pregunté. «Dos pasos de aquí, en la calle del *Hombre de palo*», me contestó el rapaz. «¡Qué nombre más raro el de esa calle!», exclamé, sintiendo despertarse mi curiosidad, y maldiciendo á mi memoria,

que se hace la sorda cuando llamo. Si aquel chico mercader de objetos de acero fuese como los gondoleros venecianos, que conocen al dedillo la leyenda histórica de los menores rincones de su ciudad, me hubiese contestado al punto: «Se llama así, porque vivía en ella un italiano medio sabio y medio brujo, que le decían Juanelo Turriano, y subió hasta la cima del Alcázar el agua del río; y este brujo había fabricado un hombre de madera que andaba como los hombres de carne y hueso.»

En efecto, el extraño nombre de la calle perpetúa el recuerdo del insigne cremonés que, á estar canonizado, debía ser patrón de los mecánicos é ingenieros. Juanelo y el marqués de Villena, dos misterios, dos novelas de Toledo; dos hombres de ciencia superiores y anteriores á su siglo. Juanelo tuvo por lo menos la suerte de aparecer en épocas más modernas, de prosperidad y gloria para España, y de aplicar su ciencia á fines útiles y prácticos, por lo cual no recayó

sobre él la acusación de nigromancia, magia y sortería, que manchó la memoria del famoso y nobilísimo alquimista, cuyos libros, ni más ni menos que los del Ingenioso hidalgo, fueron á la hoguera, por ser «de artes mágicas e non cumplideras de leer». — De las mecánicas diabluras de Juanelo sacaron los toledanos la ascensión hidráulica, según la explica Ambrosio de Morales, mediante un procedimiento imitado y perfeccionado de otro anterior que ya ideara Roberto Valturnio, y añadiéndole aquel mecanismo de los cazos que subían y bajaban derramando de uno á otro el raudal. Juanelo, en tiempos quizá menos peligrosos para la ciencia de lo que hoy se cree, pudo permitirse la diversión de construir, para servirle de criado, un curioso autómatas, el *hombre de palo* que dió nombre á la calle. Este muñeco iba por su pie de casa de Juanelo al Palacio Arzobispal, recogía allí la ración de pan y carne, la agradecía con muchas reverencias, y se volvía con ella al domicilio de su amo. Cuando

Carlos V, en Yuste, se sentía presa de sus melancolías de león viejo confinado en la jaula, distraíalas con el canto, no de las aves del cielo, sino de muchos pajariños mecánicos que fabricara Juanelo el cremonés, y que revolaban, gorjeaban, abrían las alas y movían la cabecita como pájaros naturales.

III

El Cristo de la Vega. — La ilustre fregona. — Nuestro verdugo. — Un cuadro del Grecco.

Profeso una inquina invencible (y todas las personas de imaginación la compararán) á los rebuscadores que se pasan la vida compulsando documentos, desempolvando papeles y coleccionando datos, sólo para destruir ó probar la imposibilidad de alguna de esas tradiciones ó leyendas en que se funda el encanto de una población, de un monumento ó de un lugar. Además, no siempre me convencen las razones en que apoyan su criterio negativo, ni convencerán á nadie que las

pese y examine despacio : muchas veces se imponen afirmando una negación, y se les cree mediante la fe, como mediante la fe se creía la leyenda misma. Esta tarea de polilla laboriosa rarísima vez presta servicios reales á la erudición ó á la historia, y en cambio todo lo araña, descolora y mutila. Me han asegurado que existe en Toledo cierto señor que se consagró con celo digno de mejor causa á comprobar que el famosísimo San Francisco de Asís custodiado en el tesoro de la Catedral, no es de Alonso Cano, como todos creíamos, sino de su discípulo, un Pedro de Mena. Doy de barato que las conjeturas en que se funda este señor sean exactas, y sus datos muy verídicos. ¿Habrá ganado mucho, no ya la impresión estética de la obra, sino el mismo conocimiento histórico del arte español?

Para gozar en una excursión como esta, conviene saber algo más que patrañas, pero vendría bien ignorar algunas insípidas verdades. Por ejemplo: yo he sentido mucho aprender que el romántico Cristo

de la Vega no es el que bajó la mano para atestiguar, — porque á ese le quemaron los franceses, — sino una escultura cualquiera.... hecha á imitación de la primitiva, á principios del siglo.

Y cuenta que el Crucifijo actual llena todas las condiciones que podemos exigir los que pedimos leyenda. ¡Qué más, si supo inspirar la de Zorrilla! La efigie concuerda con la descripción:

« Enclavado en un madero,
En duro y postrero trance,
Ceñida la sien de espinas,
Descolorido el semblante... »

y sobre ese semblante que expresa á la vez dolor inmenso y éxtasis sublime de consumada redención, caen formando densa y amoratada sombra las negras y lacias guedejas, toda una cabellera femenil cortada para exvoto, acaso en un transporte de mística gratitud. El brazo desclavado cuelga, la mano tiene la actitud de jurar apoyando en los autos la seca y hendida palma.... y los labios parece

que se entreabren para articular el formidable «sí juro!»

Pero el escalofrío religioso, el dulce terror que queríamos saborear, nos lo quita el saber á ciencia cierta que los franceses quemaron la imagen, y la que hoy existe no es sino remedo de la antigua, la cual á su vez no era sino copia del Cristo que se venera en Florencia, en la capilla de San Miniato.

No, no; á Toledo no hay que venir con demasiadas sabidurías. El conocimiento científico y seriamente histórico de Toledo tampoco se adquiere en horas: exige años. En cambio, para la *poesía* toledana, que es de las más sutiles y penetrantes que el viaje por España puede sugerir, nos basta algo de lectura de crónicas, unos cuantos recuerdos.... y Zorrilla. Si vuelvo á Toledo juro no llevarme conmigo ni á Amador de los Ríos, ni á Quadrado, ni á Pedro de Herrera, ni á Ambrosio de Morales, ni menos al señor vizconde de Palazuelos, el del robusto misal. Me llevaré al poeta, al hoy casi olvidado y que ya

restauraremos como restauran sus admiradores franceses á Lamartine, y mirando al Toledo viejo y encantador (á quien Dios preserve de aficionados á las mejoras urbanas), diremos con el autor del *Tenorio*:

«Alguna vez sobre la noche úmbría
De este montón de cieno y de memorias,
Se levanta dulcísima armonía....
Cruza las sombras cenicienta luz;
Se oye la voz del órgano que rueda
Sobre la voz del viento y de las preces;
Una hora después, apenas queda
un altar, un sepulcro y una cruz....»

No siempre es la Toledo cristiana, la que «duerme indolente al pie de su blason» la que inspira al poeta; también es la nostalgia de la Toledo morisca, nostalgia que yo sentí en el Tránsito. ¿Qué sería la Toledo árabe, con sus alfombras, sus alcatifas, sus mujeres encerradas y veladas que Zorrilla describe en versos que tienen la claridad y el vivo color de un paisaje con exceso de luz, genuinamente oriental?

« ¡ Ya no hay cañas, ni torneos,
 Ni moriscas cantilenas,
 Ni entre las negras almenas
 Moros ocultos están:
 Hoy se ven sin celosías
 Miradores y ventanas:
 No hay danzas ya de sultanas
 En el jardín del Sultán! »

Con Zorrilla, lo repito, hay que ir á Toledo, para escuchar, entre las revueltas calles que del alcázar bajan al Zoco, el *zís zás* de las cuchilladas del capitán Montoya, ó en la Vega la temerosa voz del *mejor testigo*. También se puede ir á Toledo con otro escritor..., ¿no adivináis cuál? No es Fray Luis; es Cervantes, el Cervantes de las novelas ejemplares.

No nos parecería completa ni pintoresca nuestra excursión si no entrásemos unos instantes en el famoso Mesón del Sevillano, donde Cervantes (que era un novelista moderno en sus procedimientos, y siempre basaba y colocaba sus ficciones, aun las más ideales, como la *Galatea*, en sucesos reales de su vida y lugares que están en el mapa) situó la acción de *La*

ilustre fregona. Allí donde Constancia pasmó y suspendió con su hermosura á Carriazo y Avendaño, decidimos nosotros tomar café y oír de sobremesa una serenata (venal, por supuesto, hoy no las hay galantes) de guitarras y bandurrias. Era la noche templada y el lugar propicio á todo juego de la fantasía; uno de esos lugares que tientan á darle gracias al tiempo, el gran destructor, porque nos lo ha respetado. Consérvase, en efecto, la Posada de la Sangre conforme estaría en el tiempo que Cervantes la describió. El patio, cuya galería sostienen columnas probablemente arrancadas á un templo romano, pues muestran todavía, medio borrada, la característica voluta, ostenta en un ángulo el pilón del bebedero y la enorme orza ó ánfora de barro. Como diría Galdós, en el segundo cuerpo « las carcomidas zapatas sostienen las apandadas vigas ». Los aposentos interiores, cocina, sala baja, comedor y cuadras, apenas difieren del tipo clásico del *mesón* cervantesco; el fogón y la campana de la

chimenea protestan contra ciertos detalles del comedor, ya acomodados al gusto del día.—Como alabásemos la buena conservación de la histórica posada, nos enteraron con secreto de que allí existían «muchas cosas de Cervantes, y cartas de su puño y letra», en prueba de lo cual nos enseñaron un facsímile de documento, que admitimos por auténtico, respetando á nuestra vez ajenas é inofensivas ilusiones. También nos enseñaron un cuadro pintado por el *Sevillano* actual, ó sea el dueño del mesón, cuadro que es reproducción fiel y exacta del patio, sin ser por lo demás ningún prodigio del arte.

Uno de los expedicionarios andabaloco, jurando que en la cocina había visto nada menos que la reproducción de Constanca, la mismísima *ilustre fregona*. Tres mozas había allí, y si dos eran carianchas, zafias y toscas, la tercera presentaba sin duda tipo muy distinto: gentil y aseñorado el porte, delicada la tez, rubio el copioso rodete, y el vestir con no sé qué dejos de siglo *xvi* en corte y tela. La

imaginación, ayudada de un buen palmito, hace de estas jugarretas, y con ellas ayuda á matar y hermostear el tiempo.

Todos nuestros gustos toledanos nos los amargó una de esas calamidades que caen sobre los *turistas* cuando tienen trazas de adinerados y dadivosos. Esta plaga, que quiero denunciar á la execración pública, fué—¿quién no lo sospecha ya?—la peste de las excursiones artísticas, un *cicerone* de oficio, de esos que aguardan emboscados en la estación la llegada de los trenes, y como pegajosa garrapata se adhieren á sus víctimas. Fíjense Vds. un individuo, francés por el habla y flamenco por confesión propia, no solicitada de nosotros, pues nos tenía sin gran cuidado la nacionalidad de nuestro verdugo; un hombre que al hablar echa vaharadas de aguardiente, y que con lengua trabada y vagas pupilas, entre chispa y oficioso, apenas nos ve detenernos ante un retablo ó una puerta esculpida, rumiando en silencio la dulzura de nuestras impresiones, se mete, no ya á

explicar, sino ¡el muy cernícalo! á otra cosa peor, á *admirar* en nuestra compañía, proyectando ante nosotros la caricatura, la grotesca silueta de nuestra propia admiración; y no contento con esto, nos corrige y nos adoctrina, advirtiéndonos, con cuanto aplomo le permite el alcohol, que el claustro de San Juan de los Reyes procede del siglo XIII. Llegamos á salir de nuestras casillas, y hasta se alborotó la bilis del siempre correcto y reposado Peralta. Los demás ya hablábamos de chapuzar en el Tajo al moscón insufrible, que el elemento americano apodó con el nombre de un pesado insecto de su tierra, el *pololo*, especie de escarabajo negro que se mete por los oídos, causando la molestia que es de presumir. El bichejo me cayó en gracia, y de *pololo* calificamos al maldito gufa, porque ni desvíos, ni órdenes de largarse con viento fresco, pudieron apartarle de nosotros. Le echábamos con cajas destempladas en los Reyes, y salía por escotillón en la Blanca; le expulsábamos

de la Blanca, y en el Tránsito reaparecía, descolgándose (á nuestro parecer) del andamiaje. Queríamos en el Miradero recrear la vista en el curso del Tajo, y allí saltaba el *pololo* enseñándonos la *belle vue*, y echándola á perder, por consiguiente. Mal conoce sus intereses la fonda de Lino, que inflige á los viajeros en ella-hospedados penitencia semejante; por evitarla, yo me iría gustosa á parar en el Mesón del Sevillano, aunque camas y muebles no difiriesen de los que se usaban en tiempo de Constancia.

Donde me causó más ira el maldito parásito, fué cuando me estropeó el placer mayor que debí al arte en Toledo. La escena ocurría ante el cuadro asombroso del Grecco que se guarda en Santo Tomé. Representa el milagroso entierro de Don Gonzalo Ruiz de Toledo, Señor de Orgaz, varón piadosísimo que construyó en el siglo XIV la iglesia parroquial de Santo Tomás Apóstol; el caso lo refiere, con ingenuidad encantadora, la inscripción colocada bajo el cuadro: «Aunque vayas

deprisa, viajero, detente un momento y escucha una antigua historia de nuestra ciudad, contada en breves palabras. Don Gonzalo Ruiz de Toledo, Señor de la villa de Orgaz, notario mayor de Castilla, entre otras muestras que nos dejó de su piedad, cuidó de que este templo que ves de Santo Tomás Apóstol, antes angosto y mal conservado, en que por disposición suya había de enterrarse, fuese restaurado más ampliamente á su costa; haciendo donación al mismo de muchos tesoros de oro y plata. Cuando los sacerdotes se apercebían á sepultarle ¡caso admirable é insólito! los Santos Esteban y Agustín, bajados del cielo, le enterraron aquí con sus propias manos. Como es largo de contar el motivo que impulsó á estos Santos, vé, si puedes, al convento de Agustinos, que no está lejos, preguntalo, y te lo referirán. Falleció el año del Señor 1312. »

Por desgracia, ya no hay ni cerca ni lejos, que yo sepa, convento de Agustinos donde pedir que me cuenten la leyenda,

perfumada con las últimas auras místicas del siglo XIII; pero el lienzo basta para eternizar la historia del bienaventurado Conde. Al ver la obra maestra de Domingo Teotocopuli, me confirmé en que la pintura, si ha adelantado, como aseguran los modernistas, no ha conseguido que sus adelantos los veamos patentes los profanos, ni que los sentimientos que nos causa ganen en intensidad. Cualquier pintor moderno me parece un impotente al contemplar la página divina que se llama el *Entierro del Conde de Orgaz*.

Los que sólo conozcan al Grecco por otros cuadros, no pueden apreciar en toda su fuerza el genio del verdadero precursor de Velázquez. Sin que la parte alta del cuadro merezca las severas censuras que algunos críticos le dirigen, la baja, ó sea el verdadero asunto del cuadro, es tal, que no tiene nada que envidiar en factura á las mejores obras del gran autor de *Las Hilanderas*, y las vence— con definitiva victoria—en la unción y sentimiento religioso. En el cuadro de

Santo Tomé, Grecco reúne lo inefable de Murillo y lo real de Velázquez. Aquella cabeza de San Agustín es un trasunto de la santidad y de la gloria: carne humana sublimada por la participación de la felicidad divina; la cara más apostólica, noble y radiante que acaso ha producido el pincel.

El cuadro pertenece á una particular, la señora condesa de Bornos. Bien sabe Dios que no se cuenta en el número de mis mayores defectos la envidia; sin embargo, como en el ser humano existe el germen de todo mal (y de todo bien), yo envidié diez minutos á la dueña de tal tesoro, pensando que podría mirarlo y gozarlo á solas, sin guías que chapurrean ridículos encomios, sin prisas, que impone la necesidad de no perder el tren de regreso.



UNA VISITA AL «SOLDADO VIEJO»

(CASA Y COLECCIONES DEL GENERAL NOGUÉS.)

LA lectura de un librito titulado: *Ropa-vejeros, anticuarios y coleccionistas, por un soldado viejo, natural de Borja*, me había infundido deseo de ver de cerca al original soldado y registrar sus riquezas artísticas, que, á juzgar por la trastienda y habilidad que revelaba el libro, debían de ser muchas, buenas y contrastadas. El *soldado viejo*, tal cual se retrataba en el libro, parecía hombre franco y abierto, persona de varia y sustanciosa cultura, y á la vez malicioso y precavido anticuario, al cual no hay prendera ni chamarilera que le encaje gato por liebre, haciéndole comprar á muy alto precio monedas de reyes que no la acuñaron jamás.